

## VERBOS COMPUESTOS, FACTITIVOS O CAUSALES

# ¿Cuál es en ellos el verdadero elemento factitivo?

(Respuesta al artículo del académico señor Egusquiza en EUSKERA XI, núm. 2-3, págs. 213-217).

En su informe presentado a la Academia de la Lengua Vasca, el señor Egusquiza ha examinado la naturaleza del elemento factitivo en los verbos «dobles», poniéndose en contradicción con la mayoría de cuantos han tratado hasta ahora sobre el particular. La explicación corriente y casi uniforme, tal como queda resumida en la Morfología del señor Azkue (pág. 179-80), asienta que los verbos factitivos proceden de los simples mediante un infijo *-ra-*. En cambio, el señor Egusquiza dice así (l. c., p. 213):

«Que con el infijo *-ra-* puede explicarse suficientemente la formación de muchos de estos compuestos, es cierto, y no he de negarlo; pero eso no resuelve la cuestión, ni mucho menos, porque dada la poca consistencia de la vocal inicial de sus respectivos simples, el verdadero elemento factitivo bien pudiera ser en los compuestos el prefijo *er(a)*, *ir(a)*, antepuesto a su núcleo significativo. Esto no lo presento como prueba, sino como observación preliminar; la prueba vendrá más adelante, cuando aduzca verbos compuestos en los cuales el elemento factitivo no puede ser el infijo *-ra-*, so pena de admitir que este

infijo ha invadido muchas veces el lugar de los prefijos...»

Vamos a examinar la cuestión de conjunto.

Si comparamos, por ejemplo, los dos verbos

*eraman* «llevar» y  
*eman* «dar»,

el procedimiento de derivación es tan claro y evidente, que no cabe duda acerca de él ni para el señor Egusquiza. La deducción, caso raro en filología, se obtiene con precisión casi matemática, pues el simple cálculo de substracción :

$$\begin{array}{r} e-ra-man \\ - e -man \\ \hline ra \end{array}$$

prueba que *eraman* ha derivado de *eman* mediante el infijo *-ra-*. Este resultado es tan lógico y está tantas veces corroborado por múltiples casos análogos, que no cabe duda del carácter de esta composición, ni siquiera parece lícito restringirlo ni modificarlo sin *razones de mucho peso*. Así, refiriéndonos al ejemplo arriba citado, no nos hará vacilar lo más mínimo en nuestra teoría, o más bien en la teoría corriente y generalmente admitida, la existencia en labortano de la variante *e-re-man*; pues las palabras tienden a modificarse fonéticamente, alejándose a veces de su origen hasta el punto de perder el contacto con la familia a que pertenecen. Y como el móvil de dichas alteraciones queda casi siempre oculto, hay que renunciar a la intención de explicar todas las anomalías e irregularidades que pudieran surgir; además, los diccionarios —para no abultar demasiado su volumen— no suelen citar sino las variantes principales, es decir, las más

usadas, siendo con frecuencia más importantes en lingüística variantes no recogidas, o poco conocidas o que han desaparecido ya, cuando conservan el tipo más puro y normal.

Ahora bien; si seguimos a las ideas del señor Egusquiza llevándolas al extremo, habríamos de afirmar que *eraman* puede derivar de *eman* mediante el infijo *-ra-*, pero que tal explicación no cabe en *ereman* en que hay un prefijo *ere-* que precede al verbo *e-man* privado de su sonido inicial *e-*. El señor Egusquiza no va tan lejos en el caso de *eraman* y pasa por alto esta pequeña anomalía de *e* por *a*, como lo hace también con *eregin* (: *eragin*) e *iregan* (: *iragan*). En cambio, llaman su atención otros casos en que aparece la misma permutación, pero en la primera sílaba :

*atzañi* . . . *eratzañi* en vez de \**aratzañi*,  
*atxeki* . . . *eratxeki* en vez de \**aratxeki*,  
*ausi* . . . . *erhautsi* en vez de \**arhautsi* y otros.

Por lo que toca a los dos primeros diremos que ambos presentan también variantes con *i-* inicial: *itzañi*, *itseki*, cuya sola existencia basta para descartar toda dificultad. Pues ¿para qué empeñarse en que *eratzañi* viene de *atzañi* (lo cual nos obligaría a establecer una «irregularidad»), cuando *i-tzañi* engendra con toda regularidad el factitivo *eratzañi*? (1). Pero este razonamiento, que podría hacerse extensivo quizás a otros casos en que la forma regular y normal del verbo o no se ha recogido o ha desaparecido, no es el único medio de salvar la dificultad aparente. Hay un fenómeno fonético bien comprobado en la

---

(1) O *iratzafi*; pues muchos verbos, tanto simples como factitivos, presentan casi indistintamente una *i-* o *e-* inicial.

lengua vasca, el cual explica de por sí la totalidad de estos casos en que aparece *e* donde debiera esperarse *a*, es decir, la atenuación de *a* en *e*.

Compárense :

*bat* : *bederatzi*, *bederatzi* : *emeretzi*,  
*bat* : *bat-bedera*, *amar* : *emezortzi*, *emeretzi*,  
*bart* : *berdantza (gaua)* (de *bart* + *antza*).

Y lo que más semejanza da a estos casos de permutación con las anomalías de los verbos factitivos, es que siempre se trata de derivados, de modo que el fenómeno en cuestión parece producirse porque el *a* pierde su acento, quedando átona.

Así; v. gr.: aunque *atxeki* y no *itseki* fuera la forma fundamental, el supuesto factitivo \**aratxeki* pudo transformarse correctísimamente en *eratxeki*.

Diferente es el caso de *utzi* : *erautzi*. Creemos —y la diferencia semántica nos parece ser prueba concluyente de ello— que estos dos verbos no tienen ninguna relación, ya que *erautzi* «despojar» es una simple contracción de *eragotzi*, factitivo por su parte de *egotzi* «echar». Lo mismo *iregotxi* «trillar» no es sino otra variante de *eragotzi*, explicándose la *-e-* como queda dicho más arriba (de no ser apofonía producida por la *i-* precedente, cuestión que no se puede zanjar sin conocer el dialecto a que la palabra pertenece).

Asimismo dudamos de la supuesta relación entre *andu* «hincharse» y *era(a)andu* «injertar». *Andu* y su variante roncalesa *antu* son probablemente alteraciones o contracciones de *anditu* (de *andi* «grande»), etimología sugerida por la misma significación de *andu*, que es según el Diccionario V-E-F «hincharse los tablones en el agua»; no encontramos la de «en-

venenarse» que el señor Egusquiza le atribuye. Por otro lado, *eraandu* tiene variantes tan características como lo son *eradendu*, *eradon*, *edadon*, que lo alejan mucho de *andu*. La primera de estas tres podría por cierto derivar de *edendu*, si bien no tenemos otra documentación para su empleo vulgar en la acepción de «envenenarse» que los manuscritos de Londres (véase el Diccionario). Mas nos parece muy difícil de admitir que *eraandu* y *eradendu*, teniendo idéntica acepción y siendo a todas luces el mismo vocablo, deriven aquél de *andu* y éste de *edendu*. En cuanto a *erandu* no la encontramos en ninguna parte.

Tampoco creemos aceptable lo que el señor Egusquiza dice sobre *biñatu* e *irabiñatu*. La facultad de formar factitivos se limita a los verbos sintéticos; es, a saber, a los que tienen por inicial una vocal (generalmente *e-* o *i-*) o la consonante *j-* (*y-*). La idea de que *biñatu* pudiera formar un factitivo es tan extraña, que no nos atrevemos a admitir siquiera su posibilidad. *Irabiñatu* —si realmente es verbo popular, lo cual no es seguro, pues el único que lo trae es Afñ-barro— sería una simple contaminación de *irabildu* «revolver» + *biñatu* «buscar».

Parecido es el caso de *abiātu* : *irabiātu*. El primero es de origen castellano : «aviar», de introducción relativamente reciente. Pero la facultad de la lengua vasca de formar factitivos se ha extinguido siglos atrás, quedando fosilizados los que aun subsisten, sin que el vulgo se dé cuenta de su formación. Seguramente la lengua ya no era capaz de formar tales derivados cuando *abiātu* penetró en el léxico del pueblo. Tampoco las acepciones de *abiātu* «comenzar a obrar», «echar a andar» y de *irabiātu* «revolver» hacen verosímil una relación entre estos dos

verbos. *Irabiatu* es seguramente un verbo derivado, pero también lo son *irabazi*, *irakuñi*, *irauli*, *erakori* y tienen traza de serlo hasta *erori*, *erosi*, sin que se conozcan ya sus correspondientes simples.

Y por lo que toca a *erahatzi* «hacer olvidar» ¿qué se puede probar con un verbo que sólo se ha conservado —si no estamos equivocados— en la flexión aislada de Oihenart *derahatza*? ¿Y qué peso tiene la grafía de Leizaola *iraixeki* en que *ix* no representa sino la *x* moderna (1) al lado de las otras formas numerosas y «correctas» como *irazekin*, *irazegin*?

Por fin, encontramos en el Diccionario sí los verbos *atxitu*, *atzitu* «coger» y *atsiki* «agarrar», «pegar», «prender», pero no *atsi*, ni tampoco *irajo*, supuesto derivado de *jo*. ¿Existirá éste? El verdadero factitivo o más bien «intensivo» de *jo* podría ser *erho* «matar».

Nos queda por explicar la aparente irregularidad de los verbos factitivos cuyos simples empiezan por *j-* (*y-*), pues parecen sustraerse a la regla general de que los simples sintéticos no deben tener una consonante por inicial. Creemos que esta excepción se debe a una evolución secundaria del sonido inicial, el cual, en todos los verbos sintéticos, fué en un tiempo uniformemente *i-* o *e-*. Zavala, en efecto, estuvo muy cerca de esta misma explicación al asentar «que cuando el simple empieza por *i* o *j* el doble las permuta en "e"». Solo que para aclarar la evolución histórica habría que invertir la afirmación de Zavala. Así debió también entenderlo Saroihandy al suponer que primitivamente todos estos participios comenzaban por *e-* (*i-*):

---

(1) Véase el interesante artículo de H. Gavel en el mismo número de *EUSKERA*, pág. 197, nota (1).

\**e-oa-n*, como *e-go-n*,  
\**e-a-n*, como *e-kañ-i*,  
\**e-añ-i*, como *e-zañ-i*,

y que la *e*- permutó con toda normalidad en consonante por preceder a una vocal, resultando así *yoan*, *yan*, *yafi* evolución en cierto modo comparable a la de *goya* (de *go-e-a*), *baya* (de *ba-e-a*), *beya* (de *be-i-a*), *leoya* (de *leo-e-a*), etc. Estos verbos simples habrán formado sus factitivos correspondientes en una época muy remota, cuando la inicial todavía no había evolucionado en consonante. Así todo queda aclarado sin dificultad. La forma primitiva \**e-oa-n* es, pues, la base de los derivados *eroan* y *yoan* en esta forma :

\**e-oa-n* → *e-r-oa-n*

evolución fonética                      ↓                      derivación del factitivo.  
del simple                      *y-oa-n*

Un argumento de que se vale el señor Egusquiza para explicar la desaparición de esta *e + i*- inicial, cuando el supuesto prefijo \**ira-* entra en acción, es su ausencia en las flexiones verbales. El señor Egusquiza parece opinar, pues, que si dicho inicial se ha suprimido en las flexiones de los verbos sintéticos, otro tanto puede haber ocurrido en el participio (!) de los derivados factitivos. El término «poca consistencia de la vocal inicial de sus respectivos simples» sólo puede aplicarse a las flexiones. Mas en el *participio*, dicha vocal inicial es rigurosamente esencial, siendo una de sus características, y tanto, que ni siquiera se suprime en los substantivos verbales formados del participio :

<i>e-man,</i>	<i>emale,</i>	<i>e-ma-te-a,</i>
«dado»	«dador»	«el dar»
participio	substantivos verbales.	

Al contrario, la ausencia de dicha inicial en el participio de los causativos constituiría una sorprendente irregularidad.

Por lo que queda dicho seguiremos opinando que la inmensa mayoría o la casi totalidad de tratadistas, los cuales consideran los factitivos como formados mediante un *infixo*, han dado en lo cierto, y que no hay motivo de suponer ni en algunos casos la existencia de un *prefijo* \**ira-*, pues no encontramos vestigio de tal. Las pocas e insignificantes anomalías aludidas se aclaran, según creemos, con facilidad absoluta. Existen, ciertamente, otras irregularidades en los verbos factitivos que no son del caso y de los cuales trataremos en otro lugar.

Nos parece de importancia establecer esto a causa de ciertos neologismos a que el señor Egusquiza alude, aunque por desgracia no cite ejemplos. Pero uno que muy bien podría darse por aludido es el «neologismo» *erail* «matar», pretendido factitivo de *il* «morir». Si esta derivación fuera correcta, el factitivo de *igo*; v. g.: no debería ser *irago*, como lo es en realidad, sino *eraigo*, forma fantástica e imposible. El error se ha aclarado hace tiempo: *erail* nació de la falsa interpretación de *eraile* «asesino», que es el substantivo verbal de *eran* «matar», como *éaile* lo es de *eñan* «decir». (Véase el vocablo «matar» en el «Diccionario de bolsillo» de R. M. de Azkue, página 269). Como en otros casos, vuelve a comprobarse aquí que los hechos son a veces más fuertes que la

lógica: *erail*, condenado a desaparecer por aquel aclaramiento, prueba su vitalidad cada día más con su sorprendente voga en las publicaciones.

Sea de ello lo que fuere, la insuficiencia e incorrección de los neologismos formados por un prefijo cuya existencia no se vislumbra no puede ser dudosa. Por lo tanto, creemos acertadísimo lo que se dijo en este respecto en la *Morfología Vasca*, pág. 182, 3 A), B). Mas si por excepción pudiera aducirse un solo ejemplo del prefijo *\*ira-* —aunque nosotros no creemos que se haga—, si en un solo caso se vislumbrara la posibilidad de tal prefijo, cuya existencia negamos hasta ahora, cabría suscitar la cuestión de por qué tantos neologismos habrían de formarse con arreglo a aquella excepción y no conformemente a la inmensa mayoría de los casos que constituyen la regla.

*Gerhard Bähr.*

Hannover, 23 de Junio de 1931.

---